

NO CAERÁ ESA BREVA

2º Premio de Relatos en el Concurso Literario Alframbra (Teruel) 2008

Guión del relato para un cortometraje:

Plano primero:

El airecillo y los granos de la luz del atardecer jugaban a esconderse entre las ramas de la parra de la fachada que olían primorosamente a otoño con su carga de racimos y un jolgorio de trinos de gorriones entre sus sombras.

Todo en su justo sitio y medida en aquella casona de pueblo, amplia y un tanto destartalada, pero acogedora y tranquila. Todo, menos el abuelo, que no estaba, como lo estaba cada viernes cuando ellos llegaban con el coche para pasar con él el fin de semana, abriéndoles las puertas del corral con su eterna sonrisa, los tirantes sujetándole los pantalones de pana y sobre los hombros la desgastada chaqueta también de pana tan vieja como él. Y como no estaba, los dos hijos del matrimonio, abriendo las puertas del coche se fueron corriendo a encontrarse con sus amiguitos que ya les esperaban en la plazuela de la iglesia.

Plano segundo:

No, el abuelo no les esperaba aquel viernes de otoño en el que un ligero cierzo se colaba por entre las rendijas de las puertas y movía la veleta de gallo de morón de la torre de espadaña de la iglesia que al lado de la casa quedaba. No les esperaba como era su costumbre en cuanto sentía el ruido del motor del coche para abrirles las grandes puertas del corralón pintadas de verde, ni darles el consabido beso a su hija y a los niños, ni el apretón de manos a su yerno al que siempre consideró un tarambanas que dio un buen braguetazo y con el que no llegó a congeniar del todo ya que hubiera preferido que su hija, la más alta y guapa del pueblo que además estudió económicas, se casara con un novio que tuvo de Zaragoza, veterinario de profesión, alto y risueño y no con uno de tan lejos, feo, bajo, entrado en carnes y encargadillo en una fábrica de tubos sin soldadura, por el que su Pilar perdió la razón.

Plano tercero, manteniendo unos segundos la cámara fija en las grandes puertas cerradas a calicanto, para pasar después al corral siguiendo al coche y luego, al interior la casa, siguiendo al matrimonio:

Nada. Parecía que al abuelo se lo hubiera tragado la tierra o el tiempo, o se hubiese marchado de aquella casa por una larga temporada sin dejar nota alguna, a tenor del silencio que imperaba en las habitaciones que registraron de inmediato una vez aparcado el coche en la tejavana del corral, descargado las maletas y

subido deprisa las escaleras de caracol, por si el pobre hombre, estuviera en la cama enfermo o mareado en el baño. Nada.

Plano cuarto: La cámara enfocando a la esposa:

Si bien es verdad que de un tiempo a esta parte, mi padre ha perdido reflejos, un poco de memoria y se cansa con facilidad debido a la bronquitis, todavía es un anciano fuerte y medianamente sano que se levanta con el alba, metiéndose entre pecho y espalda un par de huevos fritos con jamón o tocino, un palmero de vino de la tierra y, después de hacerse la cama, asearse y dejar puesta la olla con los garbanzos o la borraja con patata para la comida del mediodía que, invariablemente hace cuando el reloj de la torre da la una en punto, se recoge los bajos del pantalón con sendas pinzas de la ropa, se cala una visera descolorida con propaganda del PSOE, al que una vez, cuando los ímpetus de juventud, estuvo afiliado como miembro activo, toma la bicicleta y se da una vueltecita por la carretera vieja hasta el pueblo lindero distante unos seis kilómetros, echa un chato de blanco y un cigarro de picadura con algún paisano que encuentre en la solanilla o en la cantina y se vuelve parsimoniosamente a su pueblo por el mismo camino, gozando del aire libre y la paz del campo.

Plano quinto enfocando al esposo que habla del abuelo:

No cabe duda que el quedarse viudo hace siete años le afectó bastante, se quedó así, cojo de una pata y con una punzada en el costado, porque tu madre era una gran mujer, fuerte, dura y correosa como una mula, que lo mismo segaba cereal que entresacaba remolacha, regaba los canteros de maíz o guiaba los machos en la parva, sin importarle madrugar y agarrarse a lo que fuera, se compenetraban como dos ruedas de carro y no sabían vivir el uno sin el otro. Y aunque le costó acostumbrarse a estar sin su compañía, ya ves que es reacio a venirse con nosotros al norte. Dice, que el norte no es para él, con esa humedad tan mala para su bronquitis. No sé, lo mejor es internarle en una residencia.

Plano sexto, enfocando la cámara a la esposa:

¡Oye, Remi, que es mi padre!. Lo mejor es que se venga con nosotros una temporada y luego, ya veremos. Pero mientras decidimos el qué o el cómo, seguiremos viniendo los fines de semana a dar una vuelta, hacerle compañía y limpiar un poco la casa. Pero, ¿dónde se habrá metido, sabiendo como sabe que llegamos a esta hora?

Plano séptimo: la cámara enfocando la imagen difuminada, como entre nubes del abuelo ensimismado en sus recuerdos:

En esos siete años rodeado de los aperos que ya no utilizaba: el arado arrumbado lleno de telarañas, la galera derrengada, las colleras rotas, los celemines y hoces entre el polvo, las cribas y cedazos oxidados, el tonel sin rancio, y el olor de la cuadra que estaba vacía de animales, del corralón que se le venía encima cada vez que se asomaba a la puerta de la cocina y lo veía limpio de polvo y paja, de ese todo que lo fue todo para la vida de un labrador que lo único que sabe (ya desde el mismo momento de nacer te lo inculcan) es estar ante los surcos, sembrar, recolectar y sufrir en esa pequeña alegría que da la libertad de no depender de nadie, salvo del tiempo, casarse con una buena mujer, generosa y callada, tener una hija por la que lo das todo con el sueño de que saque esa carrera que ellos no pudieron sacar, y que un día, cualquier día, se les va de las manos porque es ley de vida irse de su pequeño mundo rural.

Plano octavo: la cámara sigue al matrimonio por las habitaciones:

Buscaron en los cajones de la cómoda si las cartillas de la caja de ahorros estaban en su sitio o por el contrario se las había llevado en su marcha. Pero allí estaban, como estaba la leontina de oro junto a la vieja fotografía de la boda y del vestido de novia de la abuela y de la cubertería de plata que no habían estrenado aún y que ellos les regalaron por los veinticinco años de casados y les costó un pastón. También estaba intacta la ropa del armario y las botas nuevas, incluso esa chaqueta de pana desgastada a la que el buen hombre tenía tanto apego.

Todo parecía estar en su sitio, por eso hicieron memoria de si el fin de semana anterior pudieron decir o hacer algo que le hubiese molestado. Tal vez, lo que tú comentaste de que cuando llegara el invierno, dado que por estos pagos el frío aprieta de lo lindo, si sería conveniente que se viniera con nosotros hasta la primavera. Lo que me pareció bien, aunque para ello, tenga que trastocar mi tren de vida con un viejo en casa que ya comienza a chochear, la próstata le da claros síntomas de incontinencia, huele un poco y pierde fuerzas cada semana, sin contar que están los niños todavía pequeños, y la mayor, que más que ayudar estorba con eso de llevar cada dos por tres amiguitos a cenar o escuchar música; y el trabajo en la oficina hasta las siete de la tarde que me dejaba tan cansada y sin ganas de nada salvo salir a dar una vuelta por ahí, tomarme una cena fría y meterme entre las sábanas de raso. En fin, que como no sea por lo del comentario, no veo explicación a que el abuelo no esté como cada viernes esperándonos.

Plano noveno, enfocando al esposo:

Quizá en su confusión senil se haya olvidado de que es viernes y ha salido a dar una vueltecita con la bicicleta, a jugar a la petanca o a tomar el solecillo con otros ancianos y volverá en cualquier momento. No le des demasiada importancia, termina de deshacer las maletas, pon un poco de orden, que yo bajaré al corral a limpiar el coche con la manguera.

Plano décimo, ya en el corral, con el yerno limpiando el coche y rebobinando en su mente la conversación que con su suegro mantuvo el viernes anterior:

- Irme con vosotros al norte, ni lo penséis, antes, me ahorco de la viga más alta de la cuadra y Santas Pascuas."

Palabras, que el yerno, en su fuero interno pensó: "*no caerá esa breva*", pero que por aquello de apaciguar los ánimos contestaba como sorprendido "*qué cosas tiene usted, abuelo*", repicaron ahora en sus oídos como las campanas de la torre en día de fiesta.

Plano once, siguiendo al yerno:

Dejó apresurado la manguera en la rejilla, se secó las manos y se acercó con cautela hasta el ventanuco de la cuadra. Lo que vio le hizo retroceder primero y subir las escaleras de siete en siete en busca de su esposa, para en un atragamiento de palabras, sudores y desasosiego hacerla bajar a la carrera hasta el ventanuco.

Plano doce, la cámara fija abarcando al matrimonio:

Los dos, conteniendo la respiración para que nada, ni nadie delatara su presencia, miraban por las rendijas cómo el abuelo, en un intento inútil y desesperado por quitarse la vida, lanzaba al aire una y otra vez una sogá sujeta a la argolla del pesebre, en cuyo extremo sobresalía un nudo corredizo, hasta la viga más alta. Nada, no acertaba y la sogá se venía al suelo por su propio peso. Y mientras el viejo sudaba como un pollo y resoplaba en su empeño de pasar la sogá al otro lado de la viga, ellos hablaban de si lo dejaban hacer o le impedían hacerlo. De lo bien que les vendrían ahora los ahorros del viejo para terminar de pagar el chalecito de la playa y la carrera de Sonsoles, vender la casa y darse ese caprichito de un crucero por el Caribe y un pequeño coche para desplazarse ella y no tener que ir en autobús a la oficina, del incordio que sería llevarlo al piso, cuidarle ahora que se orinaba y andaba cada vez peor, de todo eso que un viejo senil lleva de pronto a un piso en el que se siguen unos modos y maneras de vivir muy diferentes a los de una casona de pueblo. De que lo vieran sus amigos y la vergüenza que pasarían por ello. De esas cosas hablaban por lo bajo sin darse mucha cuenta (o dándose) de que por fin, la sogá había pasado ya al otro lado de la viga, que el abuelo estaba subido encima de una vieja banca de madera y con el nudo corredizo en el cuello, que la banca se desmayaba sobre el suelo de tierra de la cuadra y el pobre hombre pataleaba y se orinaba la pernera abajo, en esos segundos entre la vida y la muerte, y su cuerpecillo inane de labrador empedernido y cansado, con la lengua fuera como una cuarta de lino, cuyos ojos, duros como el color de las almendras, miraban hacia el sur donde la verde corola de los majuelos se perdía entre la raya del horizonte, a una bandada de gorriones sorprendidos por el paso y el polvo de una piara de ovejas, a ese no se qué de las avispas merodeando sobre los racimos ya maduros de una parra solitaria, a el

griterío de trinos de las golondrinas en el alero, a un norte ya casi inexistente, se balanceaba adelante-atrás-adelante...